

CUENCA:

EL ARADO Y LA LIRA



Juan Valdano

**CUENCA:
EL ARADO Y LA LIRA**



Juan Valdano

Cuenca: El Arado y la Lira

e-ISBN: 978-9942-27-100-6

p-ISBN: 978-9942-27-099-3

Edición y Corrección:

Lic. Marilin Balmaseda Mederos, MSc.

Imagen de portada:

Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

Colaboración especial:

René Cardoso Segarra

Diagramación y Maquetación:

DG. Alexander Campoverde Jaramillo

Diseño de cubierta:

DG. Alexander Campoverde Jaramillo

© Sobre la presente edición: Primera Edición, 2020

Impresión:

Editorial Universitaria Católica (EDÚNICA)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso por escrito de la Universidad Católica de Cuenca, quien se reserva los derechos para esta edición.



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Proemio, por Felipe Aguilar Aguilar..... | 5 |
| Ciudad secreta | 11 |
| Las labores y los días..... | 20 |
| Imágenes de provincia..... | 24 |
| Contestatarios y rebeldes | 31 |
| Burbujas de opulencia | 33 |
| Los nuevos paradigmas | 37 |
| El periodismo azuayo: testimonio de una historia moral..... | 41 |
| 1828: “El Eco del Asuay”..... | 43 |
| Bajo el signo de la polémica y la herejía | 44 |
| Siglo XIX: aliento combativo y diversidad ideológica..... | 45 |
| Una ciudad, un país | 47 |

PROEMIO



“...diga el mensaje elocuente/para el que lo haya olvidado/que si se borra el pasado /también se borra el presente.

(Copla popular)

El prólogo se considera un aditamento prescindible. Es más, cuando se enfrenta con uno, el lector suele ejercer, en forma inmediata, una de sus potestades, el derecho a saltarse las páginas. Confiamos en la benevolencia de quien, al momento, tiene este libro en sus manos, para que se abstenga de hacerlo.

En un piélago de certezas que naufragan en el mar de la incertidumbre, entre el desasosiego y la esperanza, cuando un enemigo invisible y tráfuga

pone al Homo Deus, al borde del abismo, todavía podemos refugiarnos, en el deleite estético, el más noble de los deleites, para admirar un cuadro, escuchar una sinfonía o leer un libro.

A esto le invitamos, estimado lector. Se trata de un libro que, si tuviéramos que encasillarlo, lo haríamos dentro del ensayo histórico. En efecto, en esencia, estas páginas son las memorias de una ciudad, Cuenca, desde los inicios de la vida republicana, hasta los años 40 del

siglo pasado y, si nos fijamos en la reducida extensión del texto, lo que primero admiramos es la capacidad de síntesis, pues, si bien, el eje central es la evolución de las letras, el marco es el devenir político – económico.

No pretendemos, ni de lejos, hacer una exégesis de un texto que se explica por sí mismo. Solamente, nos limitaremos, a hacer algunas conjeturas, respecto a las impresiones que esta pequeña obra pueda dejar, en el ánimo de potenciales lectores.

Quien se acerque al texto, con la pedante lupa de un crítico literario, se quedará con las manos tristemente vacías. Juan Valdano es un referente sustancial de la literatura ecuatoriana, maneja con sapiencia todos los mecanismos del lenguaje y penetra, con sagacidad, en todos sus resquicios. Estructura sus textos con sobriedad, con erudición, pero, sin agobiar con citas bibliográficas, cada dos líneas. De esta manera, la lectura fluye sin tropiezos y asimilamos conceptos con facilidad, sin que esto signifique, que nos quedemos en lo superficial. En suma, se destierra la idea de que el

ensayo es un género aburrido y de difícil aprehensión, pues la lectura es gratificante y, acaso sin quererlo, se cumple una función, no desdeñable, del arte literario, la de ser una forma grata de pasar las horas de la existencia y alcanzar el viejo anhelo de, “*enseñar deleitando y deleitar enseñando*”.

A las nuevas generaciones, urgidos por el vértigo tecnológico y la necesidad imperiosa de ver hacia dónde vamos, les interesa poco hurgar en el pasado y encontrar sus raíces. Es verdad que la historia no es una maestra inflexible o ejemplar, pero, también es verdad que, develar el pasado supone un paso decisivo para adquirir conciencia de nuestra identidad y hacernos depositarios de una tradición que corresponde renovar y enriquecer, de cara al porvenir. Desde esta perspectiva, no sirve la ciudad de los clisés y los chauvinismos – tierra de magia, encanto y maravilla, cuna de poetas y mentes esclarecidas – pero, sí la Cuenca que describe Valdano, con sus marcas de identidad: riqueza creativa artesanal; búsqueda febril del conocimiento; vocación indeclinable por la democracia y la defensa de la ley; amor al arte

en sus diversas manifestaciones, pero, sobre todo, un culto casi místico, por la palabra, sutil, polisémica y polifónica, en la poesía, erudita, rebelde y lapidaria, en el periodismo.

Aceptemos entonces que Cuenca, en su momento, superó su aislamiento e incomunicación y se forjó a sí misma, ha tenido, en el periodismo escrito, una de sus marcas distintivas y ha logrado, gracias a ello, peso, trascendencia y gravitación en la vida de la república. Precisamente, el autor dedica dos apartados, para el análisis de estos hechos. Particular importancia, tiene el perfil que se traza de Fray Vicente Solano, el fundador del periodismo azuayo. Hombre de contradicciones en quien convivían, en extraña simbiosis, el monje sedentario y el combatiente radical, el rebelde y el retrógrado, el dogmático y el hereje, Solano ha tenido apologistas y detractores, este libro lo sitúa en su justo medio, en la permanente pugna que tuvo que librar, frente a los condicionamientos de su tiempo y de una sociedad, que nacía al conocimiento y a la práctica de inéditos sistemas de organización.

Para los lectores que ya vemos una línea del futuro muy delgada y se nos nombra, con perversos eufemismos, edad tercera o adultez mayor, entre otros, aunque no aceptemos, de ninguna manera, que todo tiempo pasado fue mejor, veremos este libro como un espacio pródigo para las añoranzas y las reminiscencias. Recordaremos –en el sentido etimológico de volver a pasar por el corazón– entonces, las gloriosas pirotecnias y las golosinas de los septenarios, la abigarrada mezcolanza de los pases del Niño, la irreverente alegría del carnaval acuático o el edificio de las “mil ventanas” del Colegio Salesiano, con su teatro dominical, nuestro Cinema Paradiso y la inefable figura de un sacerdote de raída sotana, con sus mentiras piadosas, su malhumorada bondad, su chistosísima cómica final; el italiano Carlos Crespi, que quedará en la historia, como uno de los más grandes hijos de Cuenca. Visto así, como pura nostalgia, para nosotros, el libro no tiene desperdicio, aunque lamentamos, que no se prolongue hacia nuevos episodios en la evolución de la cultura morlaca: El Elán, el periodismo de humor, el grupo Syrma, los Encuentros Literarios, la Bial de Pintura,

los festivales cinematográficos, en algunos de los cuales, incluso, el autor tuvo participación decisiva.

Las lectoras notarán la ausencia de nombres femeninos. La explicación es obvia, hasta la primera mitad del siglo XX, la mujer cuencana, dentro de una estructura patriarcal rígida, tenía pocos caminos, matrimonio y convento, por ejemplo, pero, no ocupaba los espacios de poder. Hay, sin embargo, una mujer etérea, que está latente en la vida de los cuencanos, la María bíblica. En efecto, la Virgen María, con diversas advocaciones – la Morenica, la Reina de la Sabiduría, La Auxiliadora – está presente en los más insólitos espacios, incluido el lema escrito en el escudo de la ciudad y figura central de la poesía mariana.

Borges decía que la lectura es una forma de la alegría. Evidentemente, en estos tiempos grises, no hay mayor asidero, pero, para quien se acerque al libro por el puro y desinteresado placer de leer, sus exigencias estéticas serán satisfechas y encontrará una evasión momentánea, de las angustias y pesadillas que atormentan día a día.

Escrito con afectuosa seriedad, no exenta de cierto tono zumbón y de fina ironía, cuando se menciona la constante presencia de la poesía mariana en los predios académicos o el fasto y la solemnidad – entre lo cursi y lo sublime – de la Fiesta de la Lira, este libro es un homenaje personal del autor a Cuenca, su ciudad natal, con motivo de la conmemoración de dos siglos de vida independiente. Una conmemoración que llega en silencio y con temores, pero también con orgullo y esperanza que subsisten, más allá de todas las pandemias, que en el mundo han sido.

Felipe Aguilar Aguilar

CUENCA

*Cuenca, bosque tupido de laureles
y rosaleda en flor toda belleza;
pentagrama de espuma, el río empieza
y la brisa termina los rondeles.*

*Aves y ríos, liras y pinceles,
en Cuenca todo canta y todo reza;
en el mármol de cándida pureza
cantan cuando trabajan los cinceles.*

*Y, encima de boscajes y de rosas,
sobre el río y sus liras armoniosas,
color de nomeolvides el espacio,*

*la sublime armonía, el sol brillante
que se esconde las tardes, vacilante
tras una bruma de color topacio.*

Alfonso Moreno Mora

Ciudad secreta



Nueve décadas han transcurrido desde 1928, cuando Gonzalo Zaldumbide llegó a Cuenca a lomo de una mula para asistir, como invitado de honor, al mayor evento que por entonces congregaba a la intelectualidad “morlaca”: la Fiesta de la Lira. *“Yo también fui en mula a visitaros –escribirá después a los cuencanos-. Y gocé lo indecible de esa vuelta al pasado superviviente”. (Mi regreso a Cuenca).*

Y es que solo a la jineta y tras agobiantes jornadas por tortuosos senderos de herradura podía entonces llegarse a la capital del Azuay ya que ni las carreteras, ni las líneas férreas, peor los caminos del cielo se habían abierto todavía para llegar a ella. Sin embargo, la fatiga por el largo viaje pronto se esfumaba cuando a la vuelta de un recodo y desde una colina, se podía, al fin, descubrir el ameno valle en el que la ciudad se recostaba. Pequeña y recogida, con su ortogonal traza española echada a cordel, guardaba aún una fisonomía colonial. El sol cañari calentaba las piedras de sus calles y un aire conventual circundaba sus casitas de adobe y musgosa teja; aquellas de

balcones de madera oscura, huertos donde no faltaba la higuera y la hierbabuena y altos portones señoriales por los que el dueño ingresaba montado en su caballo.

Es así como la vio un día don Gonzalo: una Arcadia andina, secreta, inaccesible casi, sumida en la narcisista contemplación de sí misma, envuelta en su atmósfera, esa “*caricia constante,*” como lo dijo; caricia que “*envuelve y... penetra hasta el alma*”. No hay más que oírle:

Al contemplar del barrio alto el rebaño de casas pastoreado por las torres en la cuenca eglógica que forman sus ríos alegres y celan sus montañas suaves, vi que ésa había de ser, como será con el tiempo, la ciudad más hermosa del Ecuador. Todo lo tiene; y mucho la diferencia de otras ciudades andinas: la amplitud de su horizonte bien trazado; sus ríos a flor de tierra, no encajonados ni inaccesibles entre precipicios vertiginosos; su luz para ojos de pintor, que no aplasta los colores en masa casi indistinta ni los transfigura o evapora en tórrida reverberación, sino que los matiza a cada hora, con toque sutil, impalpable.



Fotografía: Gabriel Carrasco C.
Colección Gustavo Landívar Heredia



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

Desde luego que, en ese momento, a don Gonzalo no podía pasarle por la cabeza la idea de que, unas décadas más tarde, a Cuenca se la honraría con el título de “Patrimonio Cultural de la Humanidad”, una prerrogativa que ostentan contadas ciudades del mundo.

Y Zaldumbide, viajero culto y cosmopolita, empedernido lector de clásicos y modernos, recordará cómo se solazó en esa ocasión al caminar, junto a sus anfitriones, por las calles de la recoleta ciudad, por las vegas de sus ríos sonoros, paisaje de égloga virgiliana que invitaba al canto, al artificio poético, al trato con las musas, al ocio fecundo, aquel privilegio de filósofos y del que Platón había hablado. Un año después de su memorable visita y afincado en Washington, destino al que una trashumante vida de diplomático le había llevado, sobreponiéndose a los rigores de climas hostiles del Norte, rememoró, una vez más, la luz, el aire benéfico de la campiña azuaya: *“Los sauces, los prados, los huertos (que) parecían de un verdor nuevo, barnizados de luz matinal.”* Rememoró a su gente, la calidez recibida de ella, aquellos afectuosos amigos, hombres de cultura, escritores de oficio unos, poetas intermitentes otros, todos *“tranquilos y fuertes, hacedores de patria, cariátides de un edificio no acabado aún, cuatro o cinco emblemas de la conciencia nacional, sostenes de quienes se acuerdan y confían tan solo cuando arrecia el peligro y se vuelve ardua la responsabilidad.”*

Hombres de valer y ejecutorias en el campo del pensamiento, la ciencia y la letra y para quienes la estridente modernidad de la máquina (a la que estaban deseosos de acceder) no hubiese venido a añadir sino formas externas de comodidad material, porque, a diferencia de aquellos “cafres con chistera” que pululaban por las avenidas de ciertas urbes cosmopolitas, sus refinamientos venían del culto al intelecto. Por ello *“no os avergoncéis de vuestra mula paciente, escarnio de arribistas,”* aconsejaba el “pseudoparisense” a los cuencanos.



De izquierda a derecha: Luis Cordero Dávila, Rafael María Arízaga, Gonzalo Zaldumbide, Remigio Crespo Toral y Honorato Vásquez.
Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

Cuenca: El Arado y la Lira

Para entonces, y hasta bien entrado el siglo pasado, el viajar a la capital del Azuay era toda una excitante aventura.

Excitante, no solo porque el viajero debía, en un punto del trayecto, abandonar los modernos medios de transporte –el ferrocarril o el automóvil– que, mal que bien, existían en otras regiones del país, sino porque forzosamente había que volver a la mula o al jumento para, sobre sus lomos, proseguir el viaje trepando a ratos y, a ratos también, resbalando por prehistóricos senderos: inmemoriales caminos que atravesaban soledades andinas ya ciñendo abruptos flancos de la cordillera o ya escindiendo el páramo yermo erizado de frío; pero ello no era todo.

Y no lo era porque, además, el viaje significaba, en sí mismo, un retorno al pasado. Atrás se dejaba la civilización de la máquina, distintivo de la modernidad, para retornar a épocas pretéritas quizás menos prosaicas, quizás más heroicas y en las que el hombre y el equino,



Fotografía: Agustín Landívar V. ca. 1922.
Colección Gustavo Landívar Heredia

unidos en un mismo pulso, en una misma silueta, cual míticos centauros, se desplazaban por ese paisaje sin otro apremio que aquel que dictaban los campanarios. Sin embargo, lo excitante de la aventura no terminaba ahí, ya que lo mejor de ella le esperaba al viajero al final: la ciudad que en 1557 fundara el Marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza y a la que legó sus armas y blasones que ostentan la enseña castellana de “*Primero Dios y después Vos*”.

En efecto, para la época en que la vio Gonzalo Zaldumbide, la ciudad de Cuenca persistía en ese secular aislamiento geográfico y aunque a finales de esa década –la de los veinte– la región azuaya vivía una exultante sensación de prosperidad y apertura al mundo, no obstante perduraba en ella un acendrado espíritu conservador que prestigiaba el apego a tradiciones ancestrales, la adhesión al sosiego que le brindaban sus rutinas; un forzado retraimiento que le permitía seguir organizando sus labores y sus días entre ángelus y maitines, con el mismo ritmo lento y devoto de la vida de antaño. Consciente estuvo de ello don Gonzalo el momento que se apeó de su mula, porque todo fue verla, sentirla y saber que había viajado –en palabras suyas– a un “pasado superviviente”; que su desplazamiento no había sido solo un avanzar en el espacio sino, algo más exultante aún, un retroceder en el tiempo.

A propósito de ello, inevitable ha sido, para mí, recordar *Los pasos perdidos*, aquella novela de Alejo Carpentier en la que su protagonista emprende una expedición por las selvas del Orinoco en busca de una tribu remota sumida en el pretérito. Su desplazamiento se realiza no solo a través de la orografía, sino a través del tiempo, pues se trata de una visita al pasado, a formas arcaicas de civilización. Para ello, el personaje ha debido dejar atrás ciudades y poblados instalados en la cultura tecnológica del siglo XX (el avión, el autobús...) para internarse

en territorios cada vez más remontados en los que el viaje es posible solo a lomo de un caballo o en una canoa, precario madero que flota en turbulentos ríos, allí donde se acaban los caminos, y por último, a pie. Solo así, antes y aún ahora, es factible ir al descubrimiento de una América remota; pueblos que si bien coexisten en un mismo tiempo cronológico con civilizaciones tecnológicas contemporáneas, sin embargo, no viven en el mismo tiempo histórico.

Y aunque a algunos les parecerá extravagante esto que me aventuro a decir, la verdad es que una tierra, un pueblo, un país no se los conoce realmente si es que el viajero no se arriesga a meterse en el alma de esos paisajes que visita, a convivir con la gente que lo habita, a congeniar con su sazón y su palabra, a caminar con el ritmo lento del viandante de antaño. Y ello no se logra si el turista salta de un aeropuerto a otro, si solo repleta su cámara fotográfica con imágenes y atiborra su memoria con detalles confusos que, para él, pasarán luego desapercibidos. Para entender lo que significó fundar este país, el Ecuador; para vislumbrar el costo humano -medido en existencias y sufrimientos-, que representó el cimentar la vida urbana, acosada siempre por la selva hostil o el volcán intimidante; para intuir lo que implicó el llegar a construir la civilidad y la nación hay que viajar como lo hacían los abuelos: a lomo de un caballo, por el inmemorial sendero que hoy trajina todavía el asno del aldeano: entonces uno descubrirá ese país que no se percibe desde la ventanilla de un avión, ese país invisible que nos espera más allá del horizonte de una carretera.



Fotografía: Gabriel Carrasco C. ca. 1920. Paute. Colección Gustavo Landívar Heredia

Las labores y los días

La ciudad era una prolongación de la vida del campo; ciudad de chacareros y artesanos, chagras por cultura, chazos por raíz étnica. Mestizos siempre; mestizos pues aunque, por su tez blanca, muchos de ellos quieran desmentirlo. Carpinteros, herreros, talabarteros, orfebres, sombrereros, curtidores, zapateros, tejedores de sombrero, alfareros, alarifes, tejeros, ladrilleros, sastres, impresores, pintores de brocha gorda conformaban una nutrida clase artesanal; grupo compacto y sumiso a la poderosa e influyente Iglesia local. El clero y sus adláteres movilizaron, en más de una ocasión, a este pueblo en la defensa de las causas de la ciudad y de aquellos principios políticos y religiosos que los consideraron propios, irrenunciables. Luego de fundada la Universidad de Cuenca (1867) fue surgiendo una clase media de letrados y profesionales libres. Solo a partir de 1860, y bajo la sombra protectora de García Moreno, emergió una reducida burguesía exportadora que generó un proceso de modernización y apertura cultural de la región. Los pueblos azuayos identificados desde épocas prehispanicas con una lengua y una particular cosmovisión, la cañari; con una forma ancestral de ser y de existir han buscado siempre una definición propia frente a otros pueblos y culturas igualmente andinos. Ello ha dado lugar a un carácter libérrimo y hasta cierto punto, indómito del cuencano, temperamento del que buena cuenta ha dado a lo largo de su historia, y a quien, desde la remota Colonia, le endilgaron aquello de “morlaco”, mote despectivo con el que se buscaba retratarlo de taimado. No obstante de ello, y con el tiempo, el cuencano recogió la palabra ajena para dotarla de sentido nuevo al transformar el remoquete despectivo en atributo de pundonor.

La vida cultural de Cuenca, activa y rica siempre, pasa por ser algo consustancial en ella. Ser cuencano y ser poeta, para algunos que no lo son, resultaba un pleonasma. Y aunque concedamos que en ello hay mucho de

hipérbole, lo cierto es que hacia la década de 1920 la ciudad gozaba ya de una bien sentada tradición literaria que le valió la divisa de la “Atenas ecuatoriana”. Para entender esa proverbial simbiosis que existía entre el paisaje comarcano y el amor al terruño, el diario afán por las faenas agrarias y artesanales y esa afición, al parecer irrenunciable del morlaco, a las letras y al arte, expresados con un natural buen gusto, me remitiré a lo que escribí, en otra oportunidad, a propósito de este mismo asunto.

“En los mismos años en los que en otras latitudes se desmantelaban las creencias del hombre decimonónico y se alzaba la demencia colectiva de la guerra global, el cuencano era en su tierra un ser privilegiado: pacífico por temperamento, agricultor por genético impulso, celoso de su tradición e independencia. Con lo que poseía le sobraba para hacer una vida fácil, o mejor, para pasarla sin soberbia, como solemos decir los ecuatorianos. Tal era el sufrir la vida del hombre espontáneo en una sociedad no problemática y predominantemente rural, lejos del estallido de la perturbadora modernidad. No necesitaba de mucho para ello, en buena medida se sentía un ser colmado; ahí estaba su religión, su familia, su prole, su adhesión al campo, su sentido del honor y su canto, si era poeta. Incomunicada, Cuenca era, a comienzos del siglo XX, otra Arcadia, tierra propicia para la inspiración y en donde los poetas, en el entorno de un paisaje agreste y risueño, se sentían pastores de otras églogas virgilianas viviendo otros rústicos amores... La vida dependía exclusivamente de lo que la tierra daba. Y aunque la exportación de la cascarilla y del sombrero de paja toquilla estaba en auge –lo que permitió la opulencia de unos pocos-, lo cierto es que la agricultura de simple subsistencia era la ocupación dominante. Por entonces era común oír hablar en las familias cuencanas de la “hacienda” –pequeños minifundios, unas cuántas hectáreas de terreno, por lo general-, paraíso de las vacaciones infantiles, heredad tradicional que había nutrido a estirpes, por generaciones enteras. Cuenca era una extensión de la vida rural, el ámbito en el que el hacendado culto reposaba de los agobiantes ajetreos que siembras, barbechos y cosechas le exigían y a donde volvía para disfrutar, en horas largas y sin premura de horarios, de la tertulia amena y la chacota literaria.



Pintura: Luis Pablo Alvarado Sempértegui. Colección del Museo Remigio Crespo Toral

“La tierra arraiga al individuo y le apega a sus tradiciones. Patriarcalismo, religión de la familia y la familia como religión, trabajo hereditario, mundo rígidamente valorizado y jerarquizado, señorío y gañanía, moral inexorable. En pocas palabras: orbe cerrado, completo, cabal, incapaz de la aventura. Este era el marco de referencias valorativas de esa cultura regional hasta la primera mitad del siglo XX. Había una uniformidad de vida, cierta unanimidad de opinión. Mientras en otras ciudades del Ecuador, por esos mismos años, las opiniones se dividían y el ecuatoriano tenía el privilegio de escoger entre una pluralidad de modelos de vida, en Cuenca parecía que no había sino un solo estilo aceptado de vivir. Las campanas de la pequeña urbe repicaban aún según el viejo y consabido horario colonial...



Fotografía: Emmanuel H. Vázquez. ca. 1917. Paute. Colección Gustavo Landívar Heredia

“La literatura cuencana, hasta la década del cuarenta, se explica, en gran parte, como una tarea culta fruto del ocio de la clase terrateniente. El señor hacendado vivía exclusivamente del producto de su hacienda; allá acudía solamente dos veces al año, para la siembra y para la cosecha. Mientras tanto, la mayor parte del tiempo, como agricultor ausentista, consumía los días en la ciudad, sin ocupación profesional específica. Si no era abogado (profesión que a más de legista, permitía a quien la ostentaba ser muchas cosas, entre ellas la de “literato”), era *homines docti* reputado del *alma mater* azuaya. La manutención diaria de la familia no era problema para el escritor de entonces; la hacienda nutría, y con creces, a la prole numerosa. Para el ocio quedaban muchos días que, aquí

también, eran “los más del año”, y así, mientras a casa llegaban cargamentos de frutos de la tierra que a espaldas de dóciles huasicamas eran transportados, se quemaban abundantes horas en la lectura morosa, en la escritura, en el sueño, en la bohemia, en la chacota erudita, en el diletantismo literario, en fin, en las tertulias cultas a la orilla de los ríos (“Fiestas de la lira”). El saber literario -mencionado entonces por sus sabidores como *gaya ciencia*- se había convertido en distintivo de clase superior.

“En los tiempos que corren, estos privilegios ya ningún escritor los puede alcanzar. En la actual sociedad de consumo, el intelectual es un engranaje más de una clase media, cada vez más empobrecida y, como tal, ha debido entrar a formar parte de la caterva burocrática donde su talento lo vende por horas para mediocres tareas; y si quiere escribir, investigar, dedicar esfuerzos en afanes de índole cultural debe sacrificar su reposo. El intelectual comienza su trabajo cuando todos cierran sus puertas para ir a descansar. Pero esto sucede ahora, en estos prosaicos días, porque en los bucólicos tiempos de don Remigio Crespo Toral era otra cosa. Solo así nos explicamos cómo, en días aquellos, tan pocos escritores hayan escrito tan copiosamente. Literatura rural no solo ya por el contenido, sino también porque fue fruto del ocio y del tiempo libre del terrateniente”. (1)

Imágenes de provincia

Hacia la década de los cuarenta del siglo pasado, habían transcurrido cerca de cuatro siglos de vida histórica y, al parecer, la urbe continuaba retenida al interior de esos estrechos lindes que, desde los días de su fundación, habían marcado los colonizadores hispanos. Circunstancia amable, qué duda cabe, que a sus vecinos permitía trajinarla a pie de un extremo a otro, sin apremios ni sofocos, lo que la tornaba tranquila, humanamente accesible. Más allá de

sus fronteras seculares, aquellas que estaban vigiladas por las torres de San Blas al Este y de San Sebastián al Oeste, más allá del barranco que bordea el Tomebamba se extendía el campo azuayo con sus maizales siempre enhiestos y enflorados, sus huertos de hortalizas cruzados por acequias rumoreantes, sus aires impregnados del medicinal aroma de los eucaliptos, los sauces a la vera de un camino, el frondoso capulí, su liviano olor a retama. A despecho de los pocos resabios de modernidad, la vida cotidiana de la pequeña ciudad continuaba con su habitual ritmo, atrapada en la murria provinciana, sin mayores sobresaltos y tentaciones, a no ser las eventuales escapadas para el jolgorio popular que, de cuando en vez, conmovían al vecindario con ocasión de alguna festividad religiosa o patriótica.

Acontecimiento digno de perdurable memoria fue el aterrizaje del primer aeroplano en un potrero de los arrabales de la ciudad, hecho ocurrido el 4 de noviembre de 1920. El protagonista de la audaz hazaña fue el italiano Elia Liut, un héroe de la guerra que, poco antes, había concluido en Europa. El ligero biplano de Liut que ese día partió de Guayaquil rumbo a Cuenca, una frágil estructura de madera y lona, hizo historia al hendir los cielos ecuatorianos y cruzar, por primera vez, la muralla de los Andes. Han quedado testimonios del recibimiento afectuoso que en esa ocasión rindieron los cuencanos al intrépido piloto. Como en todo suceso memorable y siguiendo una bien sentada tradición morlaca, no pocos bardos de la ciudad encomiaron en pulidos sonetos la proeza del aviador a quien lo llamaron “paladín del vuelo,” “haz del hangar latino” y otras cosas por el estilo. Siete días después de su aterrizaje en el campo llamado “de Jericó,” Liut remontó el vuelo con destino a Riobamba. Le fascinaba la idea de mirar la sombra de su frágil nave manchando las eternas nieves del Chimborazo. Sus palabras de despedida hablan de lo mucho que recibió y vivió en esos días de gloria:

Cuenca, tierra de las flores, de las bellezas y de los cóndores; la de artistas y guerreros; Cuenca que tan galanamente arroja sobre mí tus flores cuando pisé tu suelo de esmeralda, ¡adiós! ¡Adiós cuencanos! Bella Cuenca, hermosas cuencanas, adiós!! (2)

Cuenca: El Arado y la Lira



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral



Recepción a Elia Liut en Cuenca, 4 de noviembre de 1920. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

Inolvidables fueron -para quienes éramos niños en los años cuarenta- las tardes de película en el Teatro Salesiano. Frente a la amplia explanada de la Plaza María Auxiliadora se alzaba el largísimo edificio de las mil ventanas de los salesianos. Recuerdo que la casa era un enjambre de personas, actividades y cosas en perpetuo ir y venir. Allí había cabida para una iglesia, una escuela de niños pobres, la sede de una banda de música, el increíble museo del padre Crespi y su teatro... No había tarde de domingo que al cine del padre Crespi no acudieran cientos de niños para “gustar” (así se decía entonces) la proyección de tres películas a las que, el “padrecito,” previamente había recortado escenas que él las juzgaba indecentes. Por el valor de un sucre –que era el precio de la entrada- uno se divertía con las aventuras de Tarzán y la “mona Chita” y como adehala (o yapa, en el decir popular) se nos regalaba una de Chaplin o de los Tres Chiflados, esa prometida “chistosísima, cómica y final” que era la que más gustaba a los pequeños. De tarde en tarde, y para variar, el Padre Crespi cambiaba de programa y presentaba obras dramáticas, generalmente comedias moralizantes y cuyos actores eran los maestros de su escuela. Recuerdo siempre a uno de ellos que hacía de gracioso, pues representaba el rol de aquel que se finge tonto. Todo era mirarlo salir al escenario para que el público comenzara a reír, pues el pobre, a más de bizco, era tartamudo.

La fiesta de Corpus Christi tuvo desde antaño –y lo tiene hasta hoy- un relieve y una ruidosa espectacularidad capaz de convocar a todos los sectores de la ciudad. Las festividades duran siete días, por lo que *El Septenario* –tal como se lo conoce- llega a ser un acontecimiento ante el cual resulta casi imposible permanecer indiferente. El escenario de la fiesta ha sido siempre la plaza central o el Parque Calderón; es allí y luego de solemnes procesiones y al caer la noche, donde estalla toda la cohetería y fuegos de artificio fabricados por experimentados pirotécnicos de San Roque. El cielo luce tachonado con las luces titilantes de los globos de papel multicolor que, uno a uno son lanzados desde una esquina de la plaza: luego de un lento cabeceo, éstos adquieren inusitado impulso elevándose por encima de los tejados de la ciudad enfiestada. Y mientras las bandas populares animan la nutrida concurrencia con aires típicos, en los portales

aledaños se instalan mesas iluminadas con faroles en las que se despliega una variedad de golosinas y manjares, delicias de la confitería tradicional que estimula el apetito del paseante, tentación a la que nadie puede resistirse.

No hay navidad cuencana sin los tradicionales “pases del Niño”, procesiones espontáneas y genuinamente populares. En otras épocas –hasta la primera mitad del siglo XX y antes de que apareciera el espectáculo pomposo del “Niño Viajero”- no había hogar en Cuenca que no se venerara una imagen del Niño Dios, generalmente una pequeña talla de madera policromada, reliquia que se la conservaba como herencia de familia. Ello confería, a quien la poseía, el privilegio de continuar con la tradición -que venía desde los abuelos-, de “pasarle” una misa al Niño. El mandato entrañaba todo un reto para quien lo recibía, pues significaba poner en marcha un programa que comenzaba siendo religioso y acaba por ser un ostentoso acontecimiento social. Al efecto, la “madrina” o propietaria del Niño nombraba a los sacerdotes, convocaba a parientes, agnados y vecinos para llevarlo a la iglesia en medio de una procesión en



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Colección Gustavo Landívar Heredia

Recuerdo del Carro Alegórico
y Pase del Niño Rey desde
San Blas al Cenáculo.
Cuenca, Enero 5 de 1934

Serrano

la que, quien más quien menos, acudía disfrazado de pastorcito, rey mago, árabe, negro danzante o indio selvático. El abigarrado conjunto danzaba frente a la imagen al son de tiernos villancicos interpretados por un conjunto de guitarras, panderetas, pingullos y concertinas, mientras por las calles quedaba un grato olor a incienso y palosanto. Los “pases del Niño” se extendían hasta la víspera de la cuaresma, por lo que las últimas de estas procesiones se realizaban en los días de carnaval. En tales ocasiones y conociendo los desafueros del carnaval cuencano, no era raro ver al conjunto de priostes, músicos y devotos llegar a casa con el maquillaje y el disfraz chorreados, empapados por el agua que impenitentes carnavaleros les habían arrojado, desde terrazas y balcones.

En tiempos aquellos y durante el mes de mayo, la vida cotidiana de la pequeña urbe se conmovía con los festejos en honor a la Virgen María. El hecho trascendía el entorno popular y callejero del vecindario devoto que colmaba los templos para venerar a la *Morenica* -nombre que evocaba cortesanías loas en un castellano arcaico y con el que el poeta Honorato Vázquez bautizara así a la Virgen del Rosario-; iba más allá, llegaba al privilegiado ámbito de la Academia. El último sábado de mayo tenía lugar un acto religioso y literario que puntualmente organizaba la Universidad cuencana en honor a la Virgen bajo la advocación de *Sedes Sapientiae*. Para tal ocasión nunca faltaron poetas universitarios que compitieron en alabanzas a la Virgen; una tradición que “gaya y pomposamente” –en palabras de sus mantenedores– ha sido conservada por más de un siglo, a partir de 1904. La poesía mariana era estimulada y galardonada como en los mejores días de la Fiesta de la Lira. El marianismo poético se convirtió así en una práctica letrada que tuvo su origen hacia finales del siglo XIX; surgió de la imitación de un libro que pronto se volvió emblemático para la poesía cuencana: *Sábados de Mayo*, obra conjunta de Miguel Moreno, Honorato Vázquez y Remigio Crespo Toral, escrito en la primera juventud de sus autores. No exagero al afirmar que, por entonces, no hubo versificador cuencano que, en sus inicios, no haya ofrendado sus primeros escauceos literarios a la Virgen de la Universidad. Era una suerte de bautizo con el que un catecúmeno de las letras se apostaba a la conquista de la gloria literaria. La costumbre generó

toda una tendencia: la poesía mariana que marcó un buen trecho de las letras regionales, una expresión que de tan manida llevó a sus cultores a un infecundo estereotipo, a una retórica de cliché.

Contestatarios y rebeldes

El Azuay, como región enclavada entre murallas andinas, entre montañas que han perdido su monumentalidad hosca y gélida, no conoció, hasta la década de 1930, sino una sola salida al mundo exterior: el camino hacia la costa, la vía a Guayaquil, zona con la que mantuvo flujos migratorios de ida y vuelta, lo que significó fecundos y duraderos lazos económicos y culturales. Su contacto con la sierra norte y el resto del país fue eventual y tuvo un carácter más bien administrativo y político.

En lo ideológico y lo político, el Azuay tuvo, a lo largo de la primera centuria republicana, su propia evolución, su propio ritmo histórico. Asimiló, a su manera y de acuerdo a las tendencias dominantes, las distintas vicisitudes que, en este campo, marcaron la historia del país. En este punto, el Azuay mostró, con frecuencia, una conducta diferente al resto de la nación. Así, cuando la voluntad totalitaria del presidente García Moreno parecía, en su momento, ser aceptada sin discusión en todo el Ecuador (salvo el caso de algunos jóvenes anticlericales y periodistas liberales como Juan Montalvo), en Cuenca surgió un movimiento contradictor que enrostró al temible mandatario su fanatismo religioso y su autoritarismo. De esta actitud nació una tendencia política que buscó, de manera ecléctica, aunar los principios del catolicismo con un humanismo laico de corte liberal. Así se consolidó aquel híbrido que se llamó *Progresismo*, corriente identificada con el “catolicismo liberal”, doctrina que causó escozor en los más recalcitrantes conservadores y clericales de la época y con cuyo membrete el país fue gobernado entre 1876 y 1895. La tendencia

obedecía al flujo ideológico de los nuevos tiempos; su ideario fue elaborado por intelectuales y políticos cuencanos como Antonio Borrero, Benigno Malo, Mariano Cueva, Luís Cordero entre otros; civilistas todos, defensores de la supremacía de la ley. Borrero y Cordero ejercieron, en su momento, la Presidencia de la República, Cueva llegó a la Vicepresidencia en la época de García Moreno y Malo fue el primer rector de la Universidad de Cuenca. Verdaderos “puritanos de la libertad”, como dijo de ellos Remigio Crespo Toral.



Retrato de Antonio Vega Muñoz.
Ofelia Vega P. 1956. Colección Museo
Remigio Crespo Toral



Retrato de Benigno Malo.
Colección Museo Remigio Crespo Toral

De la misma forma, a finales del siglo XIX, cuando el liberalismo triunfante parecía imponerse a sangre y fuego por todo el Ecuador, Cuenca encabezó la resistencia conservadora y no renunció, por mucho tiempo, a una oposición –que la consideraba honesta-, a un gobierno que se mostraba anticlerical y desacralizador, plagado de espadones bárbaros y mediocres. La disputa se midió en los campos de batalla; para ello, la ciudad encontró un líder: el coronel Antonio Vega Muñoz, caudillo de un pueblo, jefe de un ejército espontáneo de campesinos, artesanos, pequeños terratenientes, clero de abajo y de arriba; verdadero conductor de partisanos que, a costa de sus vidas, defendieron una causa que creían justa: la de la civilidad frente a la barbarie, la de la ley frente a la arbitrariedad, la de la honradez republicana frente al fraude electoral, la de la libertad frente a toda forma de dictadura. Vega Muñoz encarnó, en ese momento, ese espíritu rebelde y libertario que ha identificado al pueblo azuayo: luchar por las nobles causas.

Burbujas de opulencia

Y aunque la vida literaria no era todo en la Cuenca de antaño, es pertinente observar algo más respecto al entusiasmo que los cuencanos mantuvieron por su tradicional fiesta de las letras. Toda esa fanfarria retórica, todo ese rito de coronación con laureles y en plaza pública a sus poetas mejores, todo ese culto a las musas a la orilla de los ríos –algo en verdad anacrónico- no se los entendería, en su real dimensión, si es que no se los mira como una expresión refinada, una más entre otras, de una sociedad que, para entonces, había comenzado a vivir un período de bonanza económica, de inusitado derroche y despilfarro, de contacto con el mundo exterior, con los centros europeos de cultura, Francia sobre todo. Fue un hecho, una coyuntura la que vino a revolucionar la vida de una privilegiada elite de la sociedad cuencana, entre la primera y la segunda década del siglo XX: el auge del comercio de exportación de la cascarilla y el sombrero de paja toquilla, dos productos que los azuayos empezaron a proveer a los mercados

internacionales. Una milagrosa sustancia natural (la quinina) que, en los mercados del mundo, no tardó en ser sustituida por otra de origen sintético y una moda que, como toda moda, de chic pasó a demodé insuflaron, por unas cuantas décadas, la burbuja de opulencia y progreso de esta elite provinciana que buscó en las letras y en las artes un estilo de vida, un refinamiento que le permitió exclusión del vulgo, una forma de aristocracia del espíritu.

La cascarilla se había exportado a los centros europeos desde la mitad de siglo XIX. Hubo una familia que prácticamente acaparó tan lucrativa actividad: la familia Ordóñez Lazo y sus descendientes, los Ordóñez Mata, de mucha influencia en el Azuay a partir de 1860. En cuanto al sombrero de toquilla -artesanía genuinamente popular y como tal, surgida de las manos de los campesinos azuayos-, se convirtió, a comienzos de siglo, en parte del atuendo de moda que, por unas décadas, marcaría la refinada apariencia del nuevo burgués en las urbes de América y Europa, circunstancia que favoreció una creciente demanda internacional. Como en el caso de la cascarilla, las utilidades por la venta del sombrero acrecentaron las



Remigio Crespo Toral en el jardín de su casa. Fotografía: Manuel Jesús Serrano. 1918. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral



fortunas de los pocos exportadores del producto. En el período comprendido entre la primera y la segunda guerra mundial (mediados de la década del diez a finales de los cuarenta) este negocio conoció su auge y crecimiento para, luego, caer paulatinamente, hacia 1945, época en que el campo azuayo y la ciudad de Cuenca empiezan a sentir los efectos de una depresión económica y una parálisis en su vida institucional.

El rédito que generaba la actividad comercial permitía, a ese reducido grupo exportador, establecer contactos con los centros mundiales a los que iba consignada la mercancía y, a la vez, traer desde Europa y los Estados Unidos el lujo que estos nuevos ricos requerían para, en el ámbito provinciano, ostentar refinamientos, afirmar prestigios. A lomo de mula, o como dijo un escritor azuayo, “a lomo de indio”, se transportó, desde la aduana de Guayaquil hasta la remontada Cuenca, toda suerte de objetos destinados a transformar las opacas casas coloniales en suntuosas mansiones. Cual procesión de hormigas arrieras, por las quiebras y páramos del Ande, desfilaron incontables recuas que trasladaban pianos, pianolas, lámparas de cristal, espejos, muebles, alfombras y cortinas; en fin todo aquello que se había vuelto necesario para dotar de señorío la sencilla casa de antaño. A más de ello, los más pudientes contrataron arquitectos de Francia para que edificaran sus casas y sus fincas. La ciudad fue paulatinamente transformándose con vistosas fachadas concebidas según el gusto neoclásico, un estilo de palacete que, por esa época, había empezado a ganar en las principales capitales de América. Por ello, la importación de costosas rarezas se amplió a otros objetos como paneles de latón para decorar el cielorraso, verjas de hierro forjado para los balcones, papel tapiz para las paredes y otros semejantes. Arquitectura de apariencia y de pantalla, de mera fachada porque al interior persistía incólume la vivienda colonial de tipo andaluz, con patio y galería superior en cuyo barandal estallaban los geranios; arquitectura de postín, de cúpulas, tímpanos y áticos; arquitectura que fungía de noblezas. Como quien dice: en esencia nada había cambiado; en casa remodelada la tradición persistía, los habitantes con sus sueños de hidalguías seguían siendo los mismos.



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

Piano la "PLAYOTONE" llegando al "PATRIA" Grand Hotel de los S.S. Eduardo Arias e hijo. Cuenca

Los nuevos paradigmas

El ascendiente de la cultura francesa gravitó siempre en la vida social e intelectual de la ciudad, más en el pasado que ahora. Como bien sabemos, este no fue solo un fenómeno local; fue una propensión que marcó la existencia de las sociedades urbanas de América Latina durante el siglo XIX y cuya vigencia se extendió hasta la década de 1920. Admirador sin reservas de Francia y su cultura fue el presidente García Moreno; por ello, al momento de diseñar sus planes educativos, dispuso que la niñez y juventud recibieran, no solo una educación acendradamente religiosa sino, además, orientada bajo una pedagogía francesa. En Cuenca, como en otras ciudades del Ecuador, se instalaron, por esa época, las hermanas del *Sacre Coeur* para que educaran a las hijas de la naciente burguesía y los Hermanos de *La Salle* para que regentaran las nuevas escuelas de niños. Profesoras y profesores eran oriundos de Francia; la guía de sus enseñanzas se fundaba en textos franceses que ellos tradujeron al español; en el aula se transmitía la religiosidad y la ciencia francesas; dentro y fuera de ella hablaban de su país, incitaban a sus alumnos a admirarlo. Así, el afrancesamiento de la sociedad cuencana se inició en el aula para, luego, afianzarse en la vida social, a partir del último tercio del siglo XIX.



Capilla del antiguo colegio de los Sagrados Corazones.
Colección Felipe Díaz Heredia

Rotos los lazos de dependencia política con España, los nuevos países buscaron, en el contexto europeo, otros referentes culturales. Para aquellos pueblos de tradición latina, Francia pasaba por ser un nuevo paradigma civilizador. Nuestro Romanticismo, nuestra historiografía, la incipiente novela que va surgiendo en ese siglo, nuestra pintura, las ideologías filosóficas, sociales y políticas que se debatían en esos años estaban pensadas según los referentes franceses: Lamartine, Chateaubriand, Victor Hugo, Mistral, Voltaire, Rousseau, De Maistre, Saint Simon, Montesquieu, Bossuet, La Rochefoucault, Augusto Comte, Michelet, Balzac, Zola, Leconte de Lisle, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, etc... Es decir, lo más representativo de los siglos XVIII y XIX. Existía un evidente afán de volver a tener un norte, unos modelos y valores más acordes con los nuevos tiempos; pero hubo también –y mucho- un impulso de esnobismo que llevó, a sus cultores, a ostentar exóticas exquisiteces y aún decadentes actitudes, en medio de una sociedad tradicionalista, atrasada y pacata. El afrancesamiento fue un afán de brillo de esa naciente burguesía, una moda que fue ganando poco a poco a las elites intelectuales que, a toda costa, buscaban un refinamiento al rendir



Antiguo colegio de los Sagrados Corazones.
Acuarela de César Burbano Carvallo



Salón amarillo del Museo Remigio Crespo Toral.
Fotografía: René Cardoso Segarra

pleitesía a lo europeo; un europeo distinto y distante del molde hispánico. Remigio Crespo Toral, uno de los intelectuales ecuatorianos más lúcidos de su tiempo, pregonó un nacionalismo literario al buscar explícitamente un referente nativo para la literatura sin renunciar a los moldes clásicos que le brindaba la tradición europea. Es eso lo que yo he llamado la *cultura de la asimilación*, (3) tendencia que definió los procesos ideológicos de esa época, ya se trate de arte, de literatura, de filosofía, pedagogía o de política.

He mencionado el afrancesamiento de la arquitectura cuencana en los albores del siglo XX (4). Como es de suponerse, ese fue solo un aspecto de un proceso más amplio que marcó la vida social de una elite potentada y culta que influyó en el ambiente intelectual de una ciudad pequeña y ansiosa de relacionarse con el mundo. Ha quedado claro que las letras cuencanas fueron también seducidas por ciertos modelos franceses. A mi modo de ver, dos expresiones diferentes de ese influjo se aprecian en la tradición literaria de esos años: una fue la literatura provenzal representada por Federico Mistral y su apego a las tradiciones rurales, los juegos florales, la defensa

de una identidad regional, la adhesión al terruño, la poesía bucólica y la temática de rústicos amores. La otra fue la poesía simbolista de esa pléyade de refinados como Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y otros de lira menor como Samain que pregonaron para el verso “*de la music avant toute chose,*” una actitud vital marcada de sensibilidad exacerbada, un espíritu decadente, el culto a la bohemia.

La primera de estas influencias dio lugar a la poesía bucólica (en la que no faltó la ingerencia de las églogas virgilianas), el culto al paisaje comarcano, la exaltación de la vida campestre. Estos poetas sentían la campiña azuaya como un entorno sereno y amable... emociones que se exaltan a partir de la publicación de dos libros que marcaron toda una tendencia: *Sábados de Mayo* (1877) y *Mi poema* (1896). Palabra y paisaje bien podrían pasar como distintivo literario de esa ciudad de antaño. Distintivo, esto es: su emblema, su enseña, su atributo. Lo que entonces ocurría en Cuenca, al otoñarse el siglo XIX fue ya bellamente descrito por Gabriel Cevallos García cuando dijo: “nacía una fresca manera de sentir, de amar las cosas y, entre ellas, las propias y más cordiales... No nació grande. Nació pequeña, infantil, delicada, trémula... Poesía como de recentales, cantar como de balidos...” (5) De estas preferencias parte la costumbre de la *Fiesta de la lira*, ceremonia que, cada año, debía forzosamente realizarse en el campo. Esta tradición provenzal fue asimilada sobre todo por la generación adulta (la de 1869) de Honorato Vázquez (1855 – 1933) y Remigio Crespo Toral (1860 – 1939), “vigía insomne de la campiña morlaca” (6) y a la que se adhirieron otros más jóvenes (la generación de 1914) que se sintieron emotivamente vinculados a la tradición de los mayores como lo fueron Remigio Romero y Cordero (1894 – 1967), Remigio Tamariz Crespo (1884- 1948) y Gonzalo Cordero Dávila (1885 – 1931).

La otra influencia, la de los simbolistas se conjugó con el modernismo triunfante de los años veinte y dio lugar a las actitudes vitales y la obra de poetas de la misma generación joven que, apartándose de sus coetáneos más tradicionalistas, se adhirieron a la ruptura estética que, por entonces, proponía el modelo rubendariano: Alfonso Moreno Mora (1890 – 1940), Rapha Romero y Cordero (1900 – 1925) y César Andrade y Cordero (1904 – 1986). (7).

El periodismo azuayo: testimonio de una historia moral



Fray Vicente Solano. Busto escultórico de Daniel Salvador Alvarado. Colección del Museo Remigio Crespo Toral

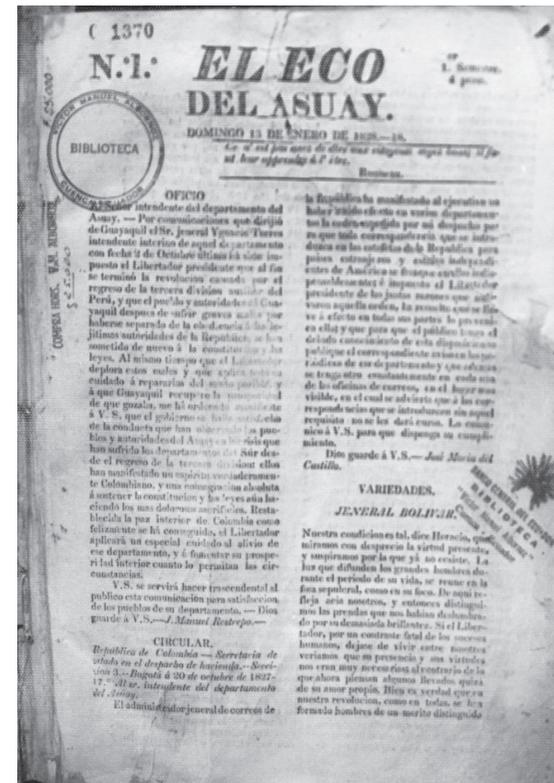
Gracias al hábito de pensar a través de la letra, gracias al arte de la escritura el ser humano, en la aurora de la civilización, rompió el aislamiento del soliloquio, abrió las puertas de la historia y confirió a su palabra la capacidad de vencer la fugacidad de la voz y el don de penetrar en el tiempo para hablar con la humanidad futura. Hay pueblos que tienen la impostergable necesidad de decirlo todo a través de la letra, de transformar su vida en literatura. Del pueblo hebreo se dice que es el pueblo del libro; no es exagerado afirmar que, en el ámbito ecuatoriano, el azuayo ha demostrado ser un pueblo para el cual la necesidad de escribir, de publicar ha sido una impostergable necesidad suya. El periodismo cuencano es una muestra de ello. Desde fray Vicente Solano, fundador en 1828 de *El eco del Asuay* (sic), el periodismo copa la vida de la región; da cuenta de sus anhelos, frustraciones, debates y luchas políticas que mueven, conmueven y enfrentan a sus ciudadanos. Entre 1828 y 1900 aparecieron en Cuenca, con distinta suerte y destino, cuarenta periódicos, según lo contabilizó, uno a uno, Antonio Lloret Bastidas. Ello habla de un infatigable ánimo de publicar, defender y atacar

ideas, de asentir y disentir. Habla de una ciudad para la cual la razón discursiva, la letra impresa ya en forma de libro, folleto, periódico u hoja volante, en una palabra: la vida intelectual le es necesaria para ser ella misma. No está demás abundar en otro dato igualmente revelador: en 1919, en Cuenca, una ciudad que no llegaba a los 30.000 habitantes, había ocho periódicos que semana tras semana circulaban y cada uno defendía una causa ideológica diferente. Un caso antológico de una ciudad volcada a la letra, a la urgencia de escribir, de leer, de formarse e informarse.

El periodismo azuayo es, en sí mismo, un capítulo imprescindible de las letras ecuatorianas. Rico en grandes nombres, contenidos y resonantes polémicas, refleja la trayectoria de las contiendas ideológicas y políticas de la región y del país, los empeños y las desilusiones de la ciudad, las posturas de los grupos que la gobernaron y encausaron, entre ellas, la oposición siempre virulenta al centralismo de la capital, la defensa de sus intereses, de sus identidades morales e intelectuales. Desde los inicios de la República, esto es, desde los días de fray Vicente Solano hasta el último tercio del siglo XX, cuando se detectan profundos cambios en el pensamiento político de la región azuaya, la ciudad se alineó con el tradicionalismo y, con frecuencia, a contracorriente de aquellas convicciones que marcaban el trajín público en el resto de la patria. Luego de esa época, el electorado cuencano abandonó el redil conservador para adherirse a posturas políticas de centro izquierda e izquierda. En uno y otro caso, el diarismo cuencano ha sido siempre el mejor testimonio de esta historia moral, nunca claudicó en su lucha por la libertad de pensamiento, la independencia de su espíritu, el constitucionalismo, el republicanismo y la democracia.

1828: “El Eco del Asuay”

Aquella memorable iniciativa de Eugenio Espejo de publicar el 5 de enero de 1792, en las postrimerías del régimen colonial, *Primicias de la cultura de Quito*, el inicio del periodismo en el Ecuador, fue replicada treinta y seis años después en Cuenca, cuando fray Vicente Solano puso a circular *El Eco del Asuay*, (sic) el primer periódico que salió a luz en nuestra, aún balbuciente, vida republicana. Era el domingo 13 de enero de 1828, días en los que bullían las ambiciones y tambaleaba la Gran Colombia. Se trataba de un impreso en folio de cuatro páginas a dos columnas de edición clara y limpia y en cuya primera página ostentaba un epígrafe tomado de una frase de Rousseau que decía: *Ce n'est pas assez de dire aux citoyens: soyez bons; il faut leur apprendre à l'être*. (No basta decir a los ciudadanos: sed buenos, es necesario enseñarles a serlo). Era evidente que en la naciente república corrían nuevos aires: los ideales de la Ilustración habían permeado en la mentalidad de los nuevos líderes de la sociedad.



Archivo del Museo Pumapungo

El periódico de Solano fue conocido y apreciado por Bolívar y varios de sus artículos reproducidos en Bogotá, Cartagena y Lima. Uno de sus artículos más comentados fue el titulado *¿Cuál es el gobierno más análogo a la América?* en el que Solano proponía la creación de una monarquía como sistema de gobierno para la “nación andesiana” que surgía luego de la Independencia. Es así como Solano imaginó los “Principios fundamentales del Imperio de la América Meridional” cuya capital sería Lima y estaría gobernada por un Emperador. En esos años en los que casi todo estaba por fundarse y definirse nada de extraño tuvo la propuesta del franciscano. Y si el republicanismismo según el modelo establecido por las antiguas colonias inglesas de Norteamérica era el camino generalmente aceptado por los libertadores, no faltaron quienes guardaban rezagos monárquicos. No es, entonces, de asombrarse que Solano pensara (al igual que algunos militares y eclesiásticos de alto rango) que había llegado la hora de que en el Nuevo Mundo se fundaran los modernos imperios y, a la par, nacieran las dinastías criollas. Como era de esperarse, Bolívar, un republicano de cepa, rechazó de plano tan descabellado proyecto que suponía un anacrónico retorno al pasado.

Bajo el signo de la polémica y la herejía

Por esos mismos días en la imprenta que poco antes había llegado a Cuenca, Solano publicó su tesis de estudiante de Teología, trabajo primerizo y asaz polémico titulado *La predestinación y reprobación de los hombres según el sentido genuino de las Escrituras y la razón*. El escrito alborotó el cotarro eclesiástico de la pequeña urbe. Clérigos, presbíteros, misacantanos y más rábulas de la curia se lanzaron contra el presunto hereje. Los detractores del franciscano llevaron el caso a Roma y aunque la respuesta tardó en llegar, esta fue clara e inapelable: el texto fue condenado, su lectura vetada y el libro pasó a la lista de obras prohibidas. Solano no se amilanó por ello. Malandrines y follones siempre se enfilaron en su contra. Él se consideraba un pugilista de las ideas, un polemista,

un quijote, un “desfacedor” de entuertos, un contradictor y un censor de su tiempo, pues era eso el periodismo en esa época, una época en la que todo estaba por hacerse y discutirse, en la que abundaban los atrevimientos y escaseaban las certezas. Los cuencanos sabían que Solano era un fraile con arrestos, conocían de su terquedad y de su conocimiento, pues era hombre que mucho había leído y disputado. Así nació la literatura en Cuenca, bajo el signo de la polémica y la herejía. La semilla que Solano echó al viento cayó en tierra fértil.

En las páginas de los muchos periódicos que, uno tras otro, fundó Solano a lo largo de su vida, mostró siempre su indomable carácter, su alma de combatiente. Flores, Rocafuerte, Urbina y más caudillos que llegaron al poder de la República recibieron de él su censura, el ácido de su sarcasmo, la virulencia de su crítica, pocas veces el aplauso. Solano fue un incondicional de Bolívar y descomunal enemigo de todo aquel que se erigía en tirano ya se trate de un político o de un eclesiástico.

Siglo XIX: aliento combativo y diversidad ideológica

En el transcurso de estos dos siglos, el periodismo cuencano y lojano mantuvo siempre un mismo aliento combativo, tal como lo inauguró Solano. Tuvo un propósito inmediato: ser el campo de debate en defensa de los intereses políticos y económicos de las élites terratenientes de la región. Defendió una causa: la autonomía administrativa de las provincias del Austro frente al centralismo del gobierno de Quito. La prensa azuaya enfrentó a los poderes dictatoriales que, por entonces, surgieron en la República. Urbina, García Moreno, Veintemilla, Alfaro debieron enfrentar la opinión disidente de una prensa libre y altanera que no obstante adolecer de precaria vida, proliferaba con pasmosa rapidez, pues si un periódico dejaba de circular, otro surgía para retomar la posta. A

ello se unió la abundancia de hojas volantes, proclamas y folletos cuya característica fue la agresividad de sus pronunciamientos. No faltaron los periódicos que se escribieron en un lenguaje pulido y erudito y en los que se exhibían doctrinas filosóficas, jurídicas y aun teológicas como es el caso de no pocos artículos firmados por Solano, Benigno Malo, Antonio Borrero, Remigio Crespo Toral.

En Loja, por esa misma época, más que la publicación de periódicos formales hubo un estallido de hojas volantes que surgieron al calor de las interminables luchas políticas entre facciones. No deja de ser significativo el hecho de que las batallas ideológicas que se dieron a través de los periódicos reflejaran una alta dosis de pasión política y convicción doctrinaria. Los protagonistas de tales debates pertenecían, unos al bando católico y conservador, a las huestes de una Iglesia militante (como el célebre obispo Masiá) y otros al bando liberal y librepensador, tal es el caso del periódico *La Voz del Pueblo*, una publicación del partido liberal lojano.



José Peralta. Fotografía: Manuel Jesús Serrano, ca. 1915 - 1920.
Colección Miguel Díaz Cueva

El periodismo cuencano, a través de la participación de sus prosistas y oradores, fue la antena ideológica de las tres tendencias políticas que, por entonces, dominaron a lo largo del siglo XIX: el tradicionalismo ultra católico defendido por Solano, primero y José María Matovelle después; el eclecticismo ideológico entre el catolicismo y un mesurado liberalismo, lo que se conoció como “progresismo”, patrocinado por Antonio Borrero y Luis Cordero y, por último, el liberalismo radical y anticlerical promovido por José Peralta y Manuel J. Calle.

En todo caso, el periodismo azuayo fue el ámbito propicio para el combate ideológico y en el que, cada quien, ostentaba el buen uso del idioma, el hábil manejo de las armas de la retórica. Como ya lo anotamos, no deja de ser una paradoja que el primer libro que salió de una imprenta cuencana, el titulado *La predestinación*, escrito por el sabio y díscolo fraile Vicente Solano haya tenido un azaroso destino, pues todo fue empezar a circular para inmediatamente ser condenado por herético por la Iglesia. El hecho, al parecer, marcó una trayectoria: el diarismo azuayo buscó siempre hacer un camino propio, desafiar lo dogmático, ser libérrimo aunque aquello le haya conducido, a veces, a la herejía.

Una ciudad, un país

La región azuaya ha conformado y configurado históricamente la nación ecuatoriana y, a su vez, la entidad nacional ecuatoriana no podría concebirse sin la región azuaya y todo lo que ella significa, no solo en lo físico sino además, en lo histórico, en lo político, en fin, en sus valores espirituales, éticos, morales y culturales.

La reflexión es pertinente para resaltar el sentido de filiación, solidaridad y pertenencia de Cuenca y su región frente a la unidad nacional concebida como Ecuador. El Azuay, junto a otras provincias, ha ido configurando el

rostro actual del este país; aporta al significado de la identidad pluricultural de esta nación llamada Ecuador. Y ello, sin renunciar a su personalidad, a su temperamento forjado en historias milenarias de sus pueblos originarios, templado al calor del mestizaje, enriquecido con nuevos aportes procedentes de otros ámbitos geográficos y culturales. Cada pueblo inventa el mundo de la vida, crea y recrea su parcela de existencia, elabora su estilo, teje su tiempo, su historia, su utopía, urde sus sueños. De ahí que lo valioso de Cuenca es que no ha extraviado ni extraviará su esencia, que es lo mismo que decir, su alma. Por ello, destino histórico de la región azuaya ha sido buscar, por sus propios medios y con el solo recurso de sus esfuerzos y valores el camino del progreso y su grandeza, el mejoramiento de la vida material, el refinamiento del espíritu mediante el cultivo del pensamiento y la sensibilidad en el aprecio de las letras, las artes, el derecho, la ciencia y la tecnología.

Ello ha sido suficiente para que el cuencano se sienta satisfecho de ser lo que es: un ciudadano amante de la paz y el orden, respetuoso de la ley, solidario, hospitalario. A mi modo de ver, hay algunos rasgos de la comunidad cuencana que han persistido a lo largo de estas casi dos centurias de vida republicana y que, en cierta forma, han contribuido a su identidad colectiva: 1. Su rechazo a toda forma de tiranía y autoritarismo; 2. Su hondo sentimiento democrático; 3. El ritmo laborioso y activo con el que imprime su vida diaria; y 4. El sentido de lo estético manifestado en ese tradicional buen gusto que el morlaco pone en cada detalle de su vida privada y social y que se lo aprecia en su artesanía, en la arquitectura popular y, desde luego, en la obra magna de sus escritores y artistas.

No en vano, desde antaño se equiparó esta ciudad con la Atenas griega. Y yo pienso que esto ya no es necesario porque Cuenca, esta Cuenca mestiza de los Andes, es lo que es por su historia, por su carácter, por su espíritu y por su sangre, sin necesidad de referencias clásicas.



Fotografía: Manuel Jesús Serrano. Archivo del Museo Remigio Crespo Toral

CUENCA.-El matadero.

(1). Véase: Juan Valdano: *Identidad y formas de lo ecuatoriano*. Prole del vendaval, vol. 1. Eskeletra editorial. Quito, 2005, primera edición; pp 401 y ss.

(2) Abel Romeo Castillo y Miguel Díaz Cueva. *El vuelo del Telégrafo I a Cuenca*. Imprenta municipal. Cuenca, 1980.

(3) Véase obra citada.

(4) Un amplia relación de este tema se halla en la obra de los arquitectos Pedro Espinosa Abad y María Isabel Calle Medina: “La cité cuencana”, publicación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca (2002). Hago esta referencia por cuanto al revisar sus bien ilustradas páginas me encontré con un detalle que inmediatamente atrajo mi atención: en la página 11 hay una foto de un joven –supuestamente anónimo– que está frente al gran patio de ingreso del Palacio de Versailles. El pie de dicha foto dice lo siguiente: “Un cuencano en Versailles. La sociedad exportadora ayudó a la rápida transformación de la ciudad.” Enseguida reconocí al “anónimo” personaje: se tratada, nada menos, de quién

esto escribe cuando, en sus 25 años, cursaba estudios universitarios de Literatura e Historia del Arte en las Universidades de Aix-en-Provence y La Sorbona, pues la foto fue tomada en junio de 1966. Ignoro cómo una copia de dicha foto llegó a manos de los editores del libro; el original persiste aún en mi álbum familiar. Además, nunca tuve nada que ver con comercio exportador alguno. Quede este testimonio para develar la misteriosa identidad de ese supuesto miembro de la “sociedad exportadora” cuencana.



(5) “Crespo Toral, testimonio de su tiempo” en *Obras Completas*, volumen IX p. 256. Banco Central del Ecuador. Cuenca. s/f.

(6) Gabriel Cevallos García. Idem

(7) Para mayor abundamiento sobre este tema remito al lector a mi ensayo titulado “La nación y las regiones o fragmentos de un espejo roto. Las literaturas regionales” en *Identidad y formas de lo ecuatoriano*. Edición citada.





Área de Cultura y Deporte
de la Universidad Católica de Cuenca